

Del Quintana progresista y humanitario sólo quedan en pie unas pocas estrofas arrancadas al olvido; las suficientes para deplorar que su musa, en vez de perderse entre las brumas de horizontes inciertos y adivinaciones ilusorias, no se elevara más alto, hasta la región en que viven como águilas del pensamiento *los que han cantado para todos y para siempre*. En cambio el poeta de la patria, el de las odas *Al combate de Trafalgar*, *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses* y *A España después de la revolución de Marzo*, se agiganta con el transcurso del tiempo, y ya hoy le podemos contemplar como un héroe de la gloriosa epopeya con que se abre al comenzar el siglo presente el libro de nuestra historia nacional.

¡Dichoso él en unir su corona de artista á las de Bailén, Zaragoza y Albuera, en confundir su personalidad y su nombre con los del pueblo admirable que renovó los *lauros de Salamina y de Platea* en lucha con el tirano de la Europa subyugada. La inspiración de Quintana se enciende, se exalta y centuplica; es la espada de fuego que triunfaba contra Mesenia, puesta al servicio de la justicia y del deber. No importa que se contradiga á sí mismo evocando las glorias de su nación el que ciegamente la escarneció en la persona de sus Reyes y capitanes; su corazón de español ahoga sus aberraciones de sectario y le obliga á decir en un rapto de enajenamiento sublime:

Desenterrad la lira de Tirteo,
Y el aire abierto á la radiante lumbre
Del sol, en la alta cumbre
Del ríscoso y pinífero Fuenfría,
Allí volaré yo; y allí, cantando
Con voz que atruene en derredor la sierra,
Lanzaré por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.
¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
Único asilo y sacrosanto escudo
Al ímpetu sañudo

Del fiero Atila que á Occidente oprime!
¡Guerra, guerra, españoles! en el Betis
Ved del tercer Fernando alzarse airada
La augusta sombra; su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada,
Blandir el Cid su centelleante espada,
Y allá, sobre los altos Pirineos,
Del hijo de Jimena
Animarse los miembros giganteos.

Como Teodoro Kœrner en Alemania, unió Quintana entre nosotros los gritos de su indignación al estruendo del combate, y lanzó los dardos de la poesía contra el alcázar de la ambición napoleónica. Como Kœrner, llama en ayuda del honor oprimido á los paladines de la Edad Media; y si no murió, como él, en los campos de batalla, fué á lo menos, con sus patrióticas canciones, el clarín guerrero que despertó las iras del león español y le alentó en la titánica y desigual contienda. No era él tampoco, es verdad, quien conmovía el ánimo de la muchedumbre, incapaz de comprenderle, y que tuvo sus cantores anónimos ajenos enteramente á las profundidades del arte literario; pero Quintana contribuyó á que no engrosasen el partido del usurpador hombres que se movían en esfera más elevada, y más accesible por lo mismo á la tentación.

Este es su título de gloria y á la vez su derecho á la indulgencia de la posteridad, que acaso llegue á condonarle sus extravíos en obsequio á sus honradas intenciones. Lo que no conseguirá nunca es el nombre de poeta nacional en toda la extensión de su significado, porque sólo en parte comprendió é interpretó el espíritu de la raza, ocultándosele lo más esencial y característico.

Resta considerar en Quintana como poeta las prendas de la forma exterior, por las que ha sido igualmente objeto de muy encontrados juicios. Contra los que le censuran en demasía por los atrevimientos y

novedades que introdujo en su estilo, deben recordarse las palabras con que él defendía á Cienfuegos: «Todo poeta que tiene que formarse una dicción, porque la que encuentra hecha no le basta para la expresión de lo que siente ó de lo que pinta, por más esmero que ponga se resiente siempre de la predilección que da á ciertas expresiones ó palabras que, por repetidas ó por poco conformes al estilo y gusto común, constituyen lo que se llama *afectación* ó *manera*. Herrera tiene la suya, Meléndez la tiene también, y á Cienfuegos ha sucedido respectivamente lo mismo ¹.» Quintana, que tiene con este último semejanza muy notable, se vió como él, en la casi imposibilidad de acomodar á los antiguos moldes el cúmulo de ideas que hervían confusas en su mente, y se decidió á romperlos sin escrúpulo antes que á torcer el curso natural de su inspiración. Mucho más parco y disculpable en el procedimiento que su inmediato antecesor, todavía son de condenar en sus obras poéticas bastantes pecados contra la gramática y la rima que no tienen defensa posible, nacidos quizá de la irreflexión y que habrían desaparecido con el estudio y con los años.

Incorrecciones de este y de otro género, que preludian ya las del romanticismo, son en Quintana cosa más frecuente de lo que se piensa, como sin dificultad se demostraría con un recuento de prosaísmos y antítesis rebuscadas, de frases equívocas, viciosas por su origen ó construcción, inútiles y obscuras, de ripios más ó menos manifiestos, de repeticiones vacías, y de toda esa serie de tropiezos que ofrece de suyo el idioma de la poesía y de los que sólo triunfa la espontaneidad, unida al esmero y la delicadeza más exquisitos ². Verdad que, á despecho de todo, admira y admi-

¹ *Sobre la poesía castellana del siglo XVIII*, artículo VI.

² Como estas afirmaciones producirán escándalo en los que todo lo juzgan de oídas y *a priori*, citaré en mi apoyo algunos ejemplos. De la oda *A Juan de Padilla: Llama de gloria de re-*

rará siempre á cuantos entiendan la lengua de Castilla el vate robusto é inspiradísimo, el versificador numeroso y espléndido, porque lo es Quintana en medio de sus descuidos imperdonables.

Para apreciar lo que le han perjudicado, hágase la comparación de odas con odas y de unos fragmentos con otros, de aquellos que insensiblemente se pegan al oído menos delicado, y que por eso mismo viven en la memoria de todos, con otros en que un verso ó una frase bastan para eclipsar la hermosura de una idea ó la gallardía y transparencia de una imagen.

Lo contrario sucede con otro poeta menos fácil y de menores alientos, pero que emuló los triunfos de Quintana con el incesante culto de la forma; poeta á quien puede leerse de seguida y sin cansancio, ya que no nos ofrezca las deslumbradoras perspectivas y los vuelos sublimes reservados al genio creador. Con estas palabras he nombrado á D. Juan Nicasio Galle-

pente ardía—Honor, constancia y libertad sonando, dos versos con que nos encontramos en la primera estrofa. Habría que copiar algunas enteras para hacer resaltar los defectos de más bulto, y así sólo citaré nombres y epítetos forzados, impropios ó traídos por el consonante: *grandes ecos* (esta palabra no significa lo que aquí y en otros pasajes quiere decir el poeta), *lúgubre alarido... horroroso, nuestra playa triste* (por España), *infelice frente, el genio feroz de la impia guerra, discordia pérfida* (en este lugar no tiene sentido), *bronce tronante, viento sacudido que dilata en ecos el horror*, etc., etc. De ripios y versos insonoros hay muestras como la siguiente: *Vuela y ahuyenta la espantosa plaga—que me insulta y me amaga*. No acudiremos á los ensayos de sus mocedades para aumentar este catálogo, sino á su magnífico canto *Al armamento de las provincias españolas*, que comienza así: *Eterna ley del mundo aquesta sea—En pueblos ó cobardes ó estragados—Que ruede á su placer la tiranía*; tras lo cual viene la *atroz porfía*, el *dedo augusto*, el *vicioso y misero abandono*, el *cetno abominable*, el *genio atroz del insensato Atila*, y rimando con un *atreve* y un *desiertos* la infelicísima conclusión de la segunda estrofa, de la que no queremos pasar. Recuérdese, finalmente, el abuso de calificativos estériles como *atroz, bello, hermoso*, que se nota en los mejores rasgos líricos del gran poeta, y acaso se tendrá por indulgente silencio lo que aparenta ser acusación injusta y desmedida.

go¹, á quien no cuadra tan mal como á Quintana el nombre de *clásico*, si bien es lo bastante original y libre para que no le consideremos formando parte de la llamada escuela salmantina, escuela ideal y quimérica, en la que malamente, y sólo por razones de localidad y cronología, se suelen agrupar ingenios de opues-tísima índole.

Pese á todas las apariencias en contrario, jamás habría suscrito Gallego las odas *A España libre*; jamás confundirá las estrofas de aquél con las de éste quien se precie de conocer estilos. La entonación firme y heroica es común á los dos autores, porque también eran muy semejantes los asuntos que les inspiraron; pero, salva esta aproximación forzosa, cada cual siguió su derrotero propio, llena la mente del primero de presentimientos y audacias, á los que no dudó sacrificar la independencia del arte; influido el segundo por la pereza de un egoísmo literario, que le permitía limar y discutir ápices, no así descender al candente y agitado terreno de la discusión. Tan esclavo el uno

¹ Nació en Zamora el día 14 de Diciembre de 1777. Hizo sus estudios en Salamanca, donde se ordenó de sacerdote, pasando más tarde á la corte, y aquí fué nombrado Director de los pajes de S. M. En Madrid frecuentó, como muchos otros literatos, la famosa tertulia de Quintana sin darse á conocer por sus obras poéticas hasta que compuso en 1807 su oda *A la defensa de Buenos Aires*. Diputado á Cortes en las constituyentes de Cádiz, confinado en 1814 por sus conocidas ideas liberales y distinguido en la segunda época constitucional con el nombramiento de Arce-diano de Valencia, fué nuevamente desterrado á Francia, regresando en 1828. Académico de la Española en 1830, de la que llegó á ser Secretario perpetuo, residió constantemente en Madrid desde el año 1833 hasta el de 53, que fué el de su fallecimiento. Existe una edición de las poesías de Gallego ordenada por el poeta cubano D. Domingo Delmonte (Filadelfia, 1819), pero incorrecta y pobrísima; otra hay publicada por la Academia de la Lengua (Madrid, 1854), que es la base de la incluida en el tomo III de *Poetas líricos del siglo XVIII* (Madrid, 1875), en la que figura, no obstante, tal cual poesía inédita. Merece consultarse el *Elogio* de Gallego por D. Antonio Arnao, leído en sesión académica por su autor é inserto en la *Revista Europea* (tomo VIII, segundo semestre de 1876).

como dueño el otro de la pasión y el temperamento, su poesía es, respectivamente, arrebatadora y desigual, ó brillante y esmeradísima. Quintana empieza por sentir antes de pensar, y Gallego piensa antes de sentir; conmueve aquél más pronto y más hondamente; hace éste percibir á los lectores cultos el placer de más íntima y acendrada belleza.

El estudio rigió constantemente y con tal imperio y severidad á la musa de Gallego, que no se descubren en ella esas caídas, traidor acompañamiento de la afectación, por las que tantas veces resultan desairados los poetas de artificio y de escuela. Escribió muy poco, quizás intencionadamente; pero como profundo conocedor de sí mismo y del modo con que había de brillar sin rivales, imprimió en eso poco el sello de la perfección. Ni le faltaban el apasionamiento cordial y la fantasía poderosa, patrimonio de los verdaderos líricos, sino que supo dar empleo tan acertado y norte tan seguro á sus nativas facultades, que las sublimó á la encumbrada esfera, donde no hubiesen podido llegar abandonadas á sí mismas.

Cuatro ó cinco composiciones, las primeras que salieron de su pluma, han bastado para conquistarle el renombre inmortal de que meritísimamente disfruta, y contra el que no se han atrevido ni la envidia ni el desabrimiento: una oda *A la defensa de Buenos Aires*, las elegías *El Dos de Mayo*, *A la muerte de Doña Isabel de Braganza*, *A la muerte de la Duquesa de Frias*, y algo más que no conocen los críticos y admiradores vulgares.

La invocación con que comienza la oda desenvuelve una imagen tan sostenida, aunque aparentemente trivial, que anuncia ya la mano de un maestro; la misma que, convirtiendo en pincel la pluma, escribe más adelante:

Alzase en tanto cual matrona augusta,
De una alta sierra en la fragosa cumbre,
La América del Sur; vése cercada
De súbito esplendor, de viva lumbre,
Y en noble ceño y majestad bañada.

No ya frívolas plumas,
Sino bruñido yelmo rutilante,
Ornan su rostro fiero;
Al lado luce ponderoso escudo,
Y en vez del hacha tosca ó dardo rudo,
Arde en su diestra refulgente acero.
La vista fija en la ciudad; y entonces
Golpe terrible en el broquel sonante
Da con el pomo, y al fragor de guerra
Con que herido el metal gime y estalla,
Retiembla la alta sierra
Y el ronco hervir de los volcanes calla.

El diamante de más valor entre los que forman la corona poética de Nicasio Gallego es el canto fúnebre á las víctimas de *El Dos de Mayo*, nuevo argumento de que en él superaba el arte á la inventiva; porque, despojando de su maravillosa pompa de dicción á los mejores trozos de la obra, sólo nos queda una serie de pensamientos bastante comunes y repetidos por muchos poetas que le precedieron, bien que á él estuviere reservado el perpetuar esculpida, en palabras más imperecederas que los bronces y los mármoles, la memoria de aquel día, lleno de horrores y de heroísmos. ¡Qué invocación tan propia y tan maravillosamente estudiada! ¡Qué lujo de espléndidas imágenes! ¡Qué tono tan sostenido y uniforme! ¡Qué intachable y casi nimia corrección en las partes y en el todo! ¡Cuánta destreza en conducir el pensamiento, y más aún en ocultar el artificio, que únicamente se deja conocer cuando la razón fría se atreve á deshacer aquel trabajo de filigranas y miniaturas! En lo que es riqueza de lengua y esplendores de forma, no sé que en ninguna de nuestros clásicos se halle cosa más acabada. La

escuela que formó después Andrés Bello en la América española, y que tanto se distinguió en este punto, se hizo culpable de un exclusivismo y una tendencia abusiva que no existen en Gallego, cuyo tino para equilibrar excesos perjudiciales era tan grande como demuestra en las más peligrosas ocasiones.

La elegía *El Dos de Mayo*, con ser obra de gabinete ó academia, es de lo primero que despertó el sentimiento de la poesía en la generación que nos ha precedido; fué también y sigue siendo el encanto de las imaginaciones vírgenes é infantiles, y á la vez que en ellas se graba como recuerdo de orgullo nacional, es un compendio de poética viviente harto mejor y más seguro que los soporíferos de muchos preceptistas. Modelo único para evitar los extravíos que produce la libertad del ingenio, no son sus defectos de los que pueden seducir á la juventud, incapaz de apreciarlos, y á la que se ofrece allí demasiado que imitar.

Gallego era siempre el mismo, sin que baste á hacerle decaer lo escabroso y desairado de los asuntos. Al conmemorar la muerte de la Duquesa de Frías, para la que hallaron acentos de verdadera inspiración los líricos de aquel período, Gallego coartó la suya dándole un carácter personal que fácilmente pudo degenerar en prosaico. Bien lejos de suceder así, pasma verle caminar con paso firme por senda tan estéril, y decir en versos hermosísimos todo lo más rebelde que cabe imaginar á las doradas prisiones de la rima. Transládese al lienzo la escena que con tan espléndidos colores se pinta en una buena parte de esta composición, y resultará más fría é inanimada; nos herirá menos *el perezoso albor del nuevo día*, visitando *las altas rejas de la cárcel solitaria*. No se puede ir más allá en la difícilísima labor del ornato rítmico, y ninguno entre los maestros de la escuela sevillana adquirió tan despótico imperio sobre el lenguaje de la poesía. Recordaré cualquiera de sus estrofas, la primera por

ejemplo, que de puro trabajada está rayando con la afectación:

Al sonante bramido
 Del piélagos feroz que el viento ensaña
 Lanzando atrás del Turia la corriente,
 En medio al denegrido
 Cerco de nubes que de Sirio empaña
 Cual velo funeral la roja frente;
 Cuando el cábaro obscuro
 Ayes despide entre la breña inculta,
 Y á tardo paso soñoliento Arturo
 En el mar de Occidente se sepulta,
 A los mustios reflejos
 Con que en las ondas alteradas tiembla
 De moribunda luna el rayo frío,
 Daré, del mundo y de los hombres lejos,
 Libre rienda al dolor del pecho mío.

No son justos los críticos que aparentan desdeñar las odas de Gallego como más retóricas que inspiradas, como hechas, dicen, de taracea. No consideran que tales imperfecciones son mucho más tolerables que sus contrarias, frecuentísimas en los poetas castellanos, y para las que hay en abundancia, no sólo disculpas, sino elogios. El verso pugna de suyo con la común manera de hablar, y por lo mismo no se le puede exigir que se rebaje y emplebeyzca, como hacen con él los copleros de oficio. Que Gallego se aparta de la senda trillada, que escoge en el diccionario voces y modismos, y no se satisface hasta dar con lo que mejor le conviene, todo ello es verdad innegable; pero ¿por qué ha de ser culpa suya la ignorancia de los demás? ¿por qué ha de anticuarse sin razón una tercera parte del idioma usado por nuestros autores del gran siglo? No es tan amanerada, de fijo, la dición de Gallego como la de tantos otros, sin exceptuar nombres ilustres, que torturan el pensamiento propio para encerrarlo en los moldes contrahechos de las locuciones corrientes, á menudo viciosas ó vacías

de significación, casi siempre inoportunas y molestas á fuerza de repetirse.

El propósito de Gallego en lo relativo á la forma externa de la poesía, coincide con el de sus contemporáneos, Lista, Reinoso y demás astros de la pléyade herreriana. No debe, sin embargo, fijársele en ella, porque, aparte de las razones del nacimiento y de la educación literaria que recibió, ni él quiso afiliarse á ninguna escuela, ni fué la de ellos su manera de realizar el pensamiento común. Nunca creyó Gallego que fuese necesario violentar el estilo para darle belleza y energía, ni saquear la lengua latina para enriquecer la propia, como solían hacer los discípulos de Herrera, entendiéndolo é imitando mal al maestro. Lo que sí hizo fué añadir á su lira, lo mismo que Quintana, la nueva y sonora cuerda del entusiasmo patriótico, levantar de la prostración y afeminada languidez á la musa española, vestirla de regio y deslumbrador aparato, y preparar inconscientemente una revolución literaria, contra la que en vano protestó más tarde.

